

LA SEMIOTICA PICTORICA EN LA COMUNICACION VISUAL

EL CASO DEL CUADRO "ADAN Y EVA" DE LUCAS CRANACH

Lic. Gloria Hernández Jiménez

El estudio de la imagen se torna importantísimo en estos tiempos en que vivimos cambios vertiginosos en nuestra cultura mundial. Se trata de la era electrónica y las imágenes móviles, así, la pintura, en tanto que es nuestra memoria visual debe ser revisada y tomada en cuenta para pensar y comprender nuestra contemporaneidad, por lo que estudiar la pintura deja de ser una cuestión puramente estética o semiótica, para devenir uno de los fundamentos de la nueva Ciencia General de las Comunicaciones, pues nos deja entender el sentido del juego de la mirada. Porque la pintura es eso, comunicación visual, una forma de comunicación que debemos "recordar" y "nombrar" para volverla efectivamente nuestra, y entender la transformación que McLuhan ya explicaba diciendo que al cambiar la perspectiva cambia también nuestra forma de percibir el espacio. Esto es, pasamos de un espacio "tridimensional y sólido" como el de la representación desarrollada por la pintura del Renacimiento, a un nuevo espacio "temporal y etéreo", como el de la electrónica contemporánea. Y comenzamos a vivir en serio la muerte del libro, el fin de la civilización fonético-alfabética, pues ya cada vez nos comunicamos más y más a través de películas y pantallas, donde lo dominante es lo icónico y puramente visual, la cinemática. Entonces, la pintura aparece como el "umbral", el sitio por donde cruzan las fuerzas del cambio, es decir que para entender todas estas metamorfosis tenemos que hablar de lo visual en y para sí, y para ello la pintura es un

lugar más "seguro" que los medios audiovisuales modernos, más seguro porque ya está quedando en el pasado, lejos de nuestra vida cotidiana, y por tanto en una distancia desde donde resulta posible pensar el presente; recordemos a Kandinsky diciendo: "...Cuanto más dirigimos nuestra mirada en el pasado, menos obras ficticias, engañosas, descubrimos en él. Han desaparecido misteriosamente. Solo subsisten las creaciones auténticas del arte." Así entonces, la pintura nos aleja para poder contemplar bien la amplitud del proceso de transformación de la civilización. Abre una posibilidad para comparar y ponderar las diferencias.

Se puede decir que los enunciados pintura (imágenes) y comunicación (palabras) forman una pareja indisoluble desde los más antiguos tiempos de la conformación de la conciencia humana. El ser humano, parece ser más que nada, un resultado de tal relación simbólica. Las huellas o trazos de lo visual son comunicación porque cada cosa que se nos aparece como "imagen" nos significa en la conciencia; es en y con ella que obtenemos lo que Freud llama el Principio de la Realidad, la línea que distingue, en tanto que separa, lo simbólico y lo imaginario de lo real. Saber distinguir entre una representación y el objeto representado nos permite reconocernos en el tiempo y el espacio, sabernos existentes, poder pensar. Y esto sucede porque la imagen se concentra en los efectos de repetición del pasado, al mismo tiempo que en lo inesperado pero deseado del futuro, dejando entrar aunque sea por un instante la posibilidad de la inmortalidad (memoria infinita).

Mas, para ser autoconsciente ante la imagen se requiere de llevar a cabo el trabajo de la interpretación, lo que es hacer ciencia de la comunicación, citemos a Foucault, quien en Las palabras y las cosas apunta: "El mundo está cubierto de signos que es necesario descifrar y estos signos, que revelan las semejanzas y afinidades, sólo son formas de la similitud. Así, pues, conocer será interpretar; pasar de la marca visible a lo que se dice a través de ella y que, sin ella, permanecería como palabra muda, adormecida entre las cosas."

Luego entonces, la representación tridimensional en un medio bidimensional como es la pintura, nos entrega una metáfora muy cercana a nuestra realidad corpórea. Por lo tanto, nos proporciona un espacio de reflexión, una posibilidad de detener las palabras y volverlas "materia" de análisis. Pues sólo llegamos a las imágenes por medio de las palabras, pensamos pensar en ellas a través de la mirada y a ellas regresamos al hacerlo, es decir para acceder a la imagen hacemos uso de las palabras y creemos no entender nada al abandonarnos a la pura contemplación, por eso regresamos al orden del lenguaje ya conocido, otra vez las palabras.

Pere Salabert dice que la pintura puede analizarse en dos sentidos, de forma inmediata, primero: en lo que se refiere al cuerpo como espacio de la representación, apertura del escenario, siendo esto resultado de un entorno cultural; y segundo: viene lo procesal, el trabajo y los materiales del mismo; la reflexión de estos dos sentidos del análisis da para entender la pintura como un discurso. Salabert llama a este proceso el trabajo de la des/figura, un desconstruir la imagen en su

multiplicidad para vislumbrar una posible unidad, que en otros términos, como ya dijimos es interpretar y con más precisión según la tradición hermenéutica, siguiendo el método explicado en el Manual de Apreciación Cinematográfica de Hernández y Mendiola, donde los autores indican que del objeto de análisis es necesario explicar los aspectos: mimético, diegético y hermenéutico de la cosa a estudiar; y éste es el método aplicado en el caso que nos ocupa, el cuadro "Adán y Eva", del pintor alemán Lucas Cranach (el viejo) 1472-1553, del cual se puede afirmar que al estudiarlo se está interpretando una síntesis de la expresión del espíritu del artista y de su época. El espíritu de una gestual, la estructura ideal de una acción física. Porque la pintura, a diferencia de la fotografía, requiere de un orden para la producción de la imagen. Esta no es un resultado de una acción instantánea, sino de un proceso de trabajo lineal acumulado, con un comienzo y un final perfectamente separados en el espacio del soporte y el tiempo de creación. Un recorrido y suma de materiales concretos.

Entonces la pintura, sin duda es la del Renacimiento, pues es la época donde se fijan nuestras nociones de clasicidad, armonía, perfección, etc. Y dentro del Renacimiento juegan un papel muy especial los pintores alemanes, como Alberto Durero y Lucas Cranach, porque son ellos quienes entran en contacto con la reforma protestante y hacen ingresar en el campo de la cultura las nuevas propuestas y puntos de vista, las nuevas interpretaciones, mientras que sobre los italianos pesaba en forma opresiva Roma, la capital del papado. Por lo tanto, elegir a Lucas Cranach y su cuadro "Adán y Eva" (una de las muchas versiones

plásticas en las que trabajó sobre el mismo tema), como objeto concreto de reflexión en esta ponencia no es vanal, además la obra se encuentra en la ciudad de México, y forma parte del acervo del Museo de San Carlos, hasta se puede decir que éste es uno de los más importantes cuadros renacentistas que se pueden encontrar en nuestro país; se trata de un óleo sobre tabla trabajado bajo la técnica de la tradición pictórica de los flamencos; y una virtud más que se le puede atribuir al cuadro es que siendo una obra realizada en el año de 1530 a la fecha no tiene una sola restauración.

Ya que hablamos de interpretación aclaremos que en "Adán y Eva" el mito a que hace referencia no nos es visualmente transmitido de manera literal respecto del texto bíblico, y vaya ni siquiera en las "sagradas escrituras" hay una claridad absoluta en cuanto a la creación del paraíso y la caída del hombre, pues no olvidemos que el citado texto da al menos para dos interpretaciones que se contradicen. Así pues, la representación interpretante-interpretable de Cranach se encuentra afectada por una subjetividad, la conciencia y la inconsciencia del pintor, y su correspondiente entorno cultural. Por esto, el cuadro es una auténtica elaboración iconológica, un símbolo más que una factualidad. Los cuerpos de Adán y Eva tienen las características, aunque no exactas, de la raza aria, los animales y las plantas que evocan a la naturaleza, corresponden a una variedad europea, de tal manera que se delimita la región germana, el contexto inmediato de Cranach.

El pintor entrega una representación del pecado original. La desobediencia, el motivo del castigo, el destierro, el dolor y la muerte; los

que en un principio fueron los favoritos pagarán así la rebelión contra el padre. En "Adán y Eva", el cielo, muy próximo a la puesta de sol, ensaya una pausa, el prelude al oscurecimiento, a la noche, después de la que naceran los mortales a su destino, su ingreso en el encierro a que han sido condenados por atreverse a discernir, a no saber ni querer respetar una orden. Y sin embargo, cumplir, de algún modo la expectativa divina, caer en la trampa de Dios y echar a andar para él la historia de la salvación, nuestro horrible destino.

En fin, se trata de un complejo mito que teje de mil y una maneras la columna vertebral del sentido de la civilización occidental; una trampa de enunciados donde se confunden y enredan el sexo, la metafísica, la teoría sobre la lucha y unión de los contrarios y la explicación del mal. "Adán y Eva" en definitiva es una condensación simbólica, pues su fuerza comunicante se concentra en síntesis de la metáfora. Con su lectura literal, bíblica, religiosa, teológica, mítica, ilusoria, domina el orden simbólico falogocéntrico, la imagen al servicio de la ideología. Un enunciado sobre la angustia del pecado original, la mancha y la deuda del alma. El individualismo posesivo, el egoísmo, la avaricia, la usura. Un hecho simbólico porque nos regimos bajo el peso de lo acordado por los muertos, nos domina el pasado.